

La Teoría de las Controversias de Marcelo Dascal

I) Presentación

Además de un gusto personal, considero un privilegio académico el haber sido invitado a participar en un volumen en honor del Profesor Marcelo Dascal, sin duda uno de los filósofos latinoamericanos, y en verdad de habla hispana, más destacados y que más ha contribuido en nuestro continente al desarrollo de la filosofía de calidad. He de admitir, sin embargo, que si bien dicha distinción me resulta muy grata me provoca también una especie de vértigo. La razón es evidente: no sólo el campo de acción de Dascal es amplísimo, pues se extiende desde la historia de la filosofía hasta las ciencias cognitivas, pasando por la filosofía de la mente y la pragmática, y por consiguiente no sólo es su obra gigantesca, sino que (lo cual es quizá todavía más importante) es también de una originalidad y de una fuerza argumentativa poco comunes. Además, sería faltar a la verdad no declarar explícitamente que en todos los terrenos en los que Dascal ha incursionado encontramos siempre pensamientos propios y frescos, expresados en un lenguaje ágil, dinámico y, sobre todo, claro (tan transparente que en ocasiones no permite entrever ni las ramificaciones de sus tesis ni su profundidad). Otra gran cualidad de la obra de Dascal, que comparte con algunos otros insignes filósofos, es que con él por lo menos siempre se sabe qué se “discute”. Todo esto hace que aventurarse a criticar posiciones desarrolladas por un pensador con características como las mencionadas, experto además en la teoría general del debate, habrá siempre de ser un asunto simultáneamente atractivo y riesgoso.

La obra de Marcelo Dascal es una obra sólidamente cimentada. Por consiguiente, nuestra función habrá de limitarse a tratar de encontrar resquicios, fisuras, pequeños huecos por donde pueda infiltrarse la crítica. Haciendo, pues, a un lado mi empatía con su pensamiento, intentaré hacer a un lado las virtudes que obviamente la decoran para esbozar unas cuantas líneas de crítica. Espero que este ejercicio dialógico sirva, más que a otra cosa, para pulir nuestros respectivos pensamientos y, sobre todo, para hacer avanzar la temática por él iniciada y que aquí nos ocupa.

II) La Teoría Dascaliana de las Controversias

En una serie de artículos escritos a lo largo de los últimos años¹, Marcelo Dascal presenta un cuadro general del estado actual de la filosofía de la ciencia y elabora toda una propuesta que *prima facie* representa una importante contribución en o para esa rama de la filosofía. El punto de partida de Dascal es una simple constatación, a saber, la de que la actual filosofía de la ciencia parece haber llegado a un callejón sin salida. ¿A qué se refiere él al hablar de un “impasse” en la filosofía de la ciencia? No, desde luego, a una dificultad meramente coyuntural, sino a lo que parece ser una incapacidad intrínseca para dar cuenta del progreso científico, esto es, para ofrecer una descripción adecuada que recoja tanto el avance teórico como la labor experimental que día a día se realizan en laboratorios y centros de investigación. Dicho callejón sin salida es, en opinión de Dascal, una inevitable herencia del positivismo lógico, el cual habría fracasado en aclarar tanto el aspecto normativo como el empírico de la ciencia. Por lo tanto, el fracaso de la filosofía de la ciencia actual es un fracaso compartido tanto por los positivistas lógicos, quienes inicialmente formularon los proyectos filosóficos, como por sus descendientes, entre los cuales habría que incluir a gente tan diversa como Imre Lakatos, Thomas Kuhn y Paul Feyerabend. El callejón sin salida en el cual ha desembocado la filosofía de la ciencia actual no es particularmente difícil de presentar y en diversos artículos Dascal lo hace de manera magistral. Básicamente, la idea es que ni los positivistas ni sus vástagos filosóficos pudieron nunca formular criterios o condiciones formales para deslindar sistemáticamente los enunciados de las ciencias de los que no pertenecen a ellas. En otras palabras, lo que nunca se ha podido caracterizar debidamente es la científicidad. Todos los esfuerzos desplegados en esa dirección de una u otra manera giraban en torno a la noción de justificación (verificación, refutación, inducción, cuantificación, contenido de experiencia, etc.) y fallaron

¹ Entre los más importantes de los trabajos de Dascal relevantes para el tema de este ensayo están por lo menos los siguientes: “Observations sur la dynamique des controverses” en *Cahiers de Linguistique Française* (1995), “La Controverse en philosophie” en *Encyclopédie Philosophique Universelle* vol. 4, *Le Discours Philosophique*, Paris: Presses Universitaires de France (1988), “Jeu dans le langage” en *La Philosophie du langage* Vol. 2 (1996), “Strategies of dispute and ethics: *Du tort* and *La Place d'autrui*” en *Proceedings of the VI International Leibniz-Kongress*, vol. 2 (1995), “The Pragmatic Structure of Conversation” en *(On) Searle on Conversation*, compiled and introduced by H. Parret and J. Verschueren. Amsterdam: John Benjamins (1992), “The Study of Controversies and The Theory and History of Science” en *Science in Context* 11(2) (1998), “The Controversies about Ideas and the Ideas of Controversy” en *Scientific and Philosophical Controversies*. Lisboa: Editora Fragmentos (1990), “Speech Act Theory and Gricean Pragmatics” en *Foundations of Speech Act Theory: Philosophical and Linguistic Perspectives*. London: Routledge (1994), “La Pragmática y las Intenciones Comunicativas”, en *Enciclopedia Ibero Americana de Filosofía* Filosofía del Lenguaje II: Pragmática. Vol. 18 of Madrid: Editorial Trotta and Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1999). “Types of Polemics and Types of Polemical Moves” en S. Cmejrkova, J. Hoffmanova, O. Mallerova, J. Svetla, *Dialogue Analysis IV* (= *Proceedings of the 6th International Conference*), vol. 1, Tübingen: Max Niemeyer (1996), “The Balance of Reason” en O. Nudler (ed.) *La Racionalidad: su poder y sus límites*. Buenos Aires: Paidós (1996), “Polemics across the analytic-continental ‘divide’”, “Epistemología, controversias y pragmática” en *Isegoría*/12 (1995), “Critique without Critics?” en *Science in Contexts* 10/1 (1997), “The Malthus-Ricardo correspondence: Sequential structure, argumentative patterns, and rationality” en *Journal of Pragmatics* 31 (9) (1998).

rotundamente. Por otra parte, el ideal positivista de un desarrollo lineal del conocimiento científico tuvo que ser abandonado cuando finalmente quedó claro que ni hay tal cosa como “el” método científico ni es cierto que el conocimiento científico crezca orgánicamente, de manera continua, en una sola dirección. El par ordenado kuhniano <ciencia normal-revolución científica> acabó brutalmente con esas ilusiones, propias de la infancia de la filosofía de la ciencia. Parecería que entonces el problema es el de determinar lo que sea la racionalidad científica. En otras palabras: ¿cómo nos explicamos el progreso en ciencia? ¿O tendremos acaso que abandonar dicha idea? Y es precisamente aquí que Dascal hace una propuesta, sencilla pero que poco a poco empieza a desarrollarse hasta convertirse en una teoría omniabarcadora y que rebasa con mucho lo que parecía ser la problemática originaria, cuyo objetivo es responder a tan crucial interrogante. Esto requiere unas cuantas palabras aclaratorias.

Dascal parte de una intuición aparentemente incuestionable: después de hacernos ver que se carece de una explicación genuina respecto a la expansión del conocimiento científico, él sostiene que ello se debe al hecho de que los filósofos de la ciencia han descuidado un aspecto fundamental de la praxis científica. Dicho aspecto es ni más ni menos que el de las controversias científicas. Quizá aquí un parangón podría ser útil: así como para Marx el verdadero motor de la historia es la lucha de clases, las oposiciones que hacen que ciertas estructuras exploten y sean reemplazadas por otras, más nuevas y que permiten la realización de las nuevas relaciones de producción, así también la ciencia avanza gracias a lo que podríamos llamar quizá ‘conflictos epistémicos’, los cuales toman cuerpo en controversias concretas, mantenidas por hombres concretos y como resultado de las cuales los problemas se aclaran y la producción de nuevos resultados se vuelve factible. Así, lo que Dascal está ofreciendo es una tesis nueva en filosofía de la ciencia, *viz.*, que la clave para dar cuenta satisfactoriamente de la ciencia, tanto en su estructura como en su crecimiento, en su carácter normativo como en su faceta descriptiva, es el estudio de las controversias científicas. Aparte de original, la tesis no deja de ser sugerente. Con ella, en efecto, Dascal nos invita a fijar la atención en lo que parece ser un punto nodal en la práctica científica descuidado por todo mundo, el punto precisamente en el que se entrecruzan la teoría y la práctica, lo normativo y lo descriptivo, lo empírico y lo conceptual. Es en la plataforma constituida por las controversias en donde hay que buscar la explicación última del progreso científico y no en vanos criterios formales para deslindar lo científico de lo no científico. Sin duda, una de las motivaciones de su enfoque es, por una parte, el deseo de desprenderse de tratamientos enteramente *a priori*, cargados de exigencias de racionalidad abstracta que luego es imposible satisfacer en la realidad y, por la otra, el requerimiento de hacer del trabajo científico una labor racional, de experimentación argumentada y no caótica o arbitraria. Como puede fácilmente apreciarse, están detrás de la posición que Dascal esculpe prácticamente todas las grandes tendencias de la filosofía de la ciencia actual. Con esto se cierra la primera

parte de un promisorio programa, el cual tenía como objetivo principal ofrecer un diagnóstico de lo que bien podría ser el problema principal de la filosofía de la ciencia de nuestros tiempos, así como una propuesta de solución para él.

Pasamos ahora a una segunda fase del programa general de Dascal y, en vista de lo anterior y para poder examinar críticamente su posición, tenemos que presentar, aunque sea someramente, su teoría general de las controversias. Empero, antes de ello quisiera hacer varios señalamientos, con el fin de tener ante nosotros un panorama despejado, así como claridad respecto a lo que posteriormente cuestionemos. Por ello, en primer lugar, quisiera hacer notar que aquí ya rebasamos el plano de la intuición motriz, la intuición inicial, y que nos adentramos en el terreno de la teorización, en el sentido más riguroso que haya; en segundo lugar, habrá que observar que la construcción teórica de Dascal muy rápidamente lo hará traspasar los “modestos” dominios originales, esto es, los de la filosofía de la ciencia, para ser aplicada en muchos otros y, en particular, en el de la filosofía en general. Este movimiento, como veremos, es debatible en grado sumo y ciertamente no parecía estar contemplado en el programa original; en tercer lugar, hay que señalar que el aparataje por medio del cual Dascal intentará “demostrar” su teoría (¿o convencernos de ella?) no es otro que el de la pragmática, a la que para los efectos de este ensayo consideraremos simplemente como el estudio de todo aquello que el hablante y el contexto aportan para la significación del discurso. Esto, insisto, ni mucho menos pretende ser una definición *Merkmal* de ‘pragmática’, pero creo que para los objetivos que nos hemos fijado es lo suficientemente aclaratoria y basta. Ahora bien, al parecer todo esto nos permite concluir que, desde la perspectiva de Dascal, lo que en última instancia explica el progreso y la racionalidad científicos es esa rama particular de la lingüística que conocemos como ‘pragmática’. Es comprensible que, presentada de esta manera, la tesis no ya suscite el mismo entusiasmo que al principio. Sobre todo esto, naturalmente, regresaremos más abajo.

Teniendo en mente lo que hasta aquí hemos dicho, podemos ya pasar a exponer de manera sucinta y clara por lo menos el núcleo de la concepción dascaliana de las controversias. Como podrá fácilmente apreciarse, se trata de una teoría (permitiéndome emplear una expresión de antibióticos) “de amplio alcance”, elaborada a base de, como dije, intuiciones brillantes y de técnicas sofisticadas de análisis.

Dascal es, como se sabe, uno de los grandes impulsores de la pragmática contemporánea, por lo que hubiera sido difícil que ésta estuviera ausente en su investigación. Lejos quedaron los días en que ingenuamente se pensaba que estudios meramente formales de construcciones lingüísticas podrían bastar para resolver todos los problemas que plantean fenómenos como el de las controversias. El discurso real es siempre un discurso contextualizado y son siempre hablantes de carne y hueso quienes toman parte en él. No es nunca un mero intercambio de

fórmulas bien formadas enviadas por una computadora a otra. Por lo tanto, el estudio de las controversias es parte de un estudio más general, denominado por Dascal “intercambios polémicos”. En este punto él desarrolla una interesante taxonomía de dichos movimientos lingüísticos. Son tres las categorías que Dascal construye, y digo ‘construye’ porque si no me equivoco, aunque se trata de nociones que pertenecen al lenguaje natural, ningún hablante las emplearía exactamente de la misma manera que como él lo hace. Las nociones en cuestión son las de *discusión*, *disputa* y *controversia*. Muy rápidamente, enunciaré los rasgos centrales de cada una de ellas.

Quizá el menos interesante de los intercambios polémicos sea la disputa. Cuando dos personas se hunden en una disputa el diálogo es propiamente hablando inútil o estéril: separan a los hablantes demasiadas diferencias en presuposiciones, definiciones, enfoques, tesis, etc. Con las disputas lo único que se puede hacer es cancelarlas, puesto que los contrincantes no pueden (lógicamente, dada la situación discursiva) llegar a ninguna clase de acuerdo o solución. Un buen ejemplo de disputa es, en la reconstrucción de Dascal, el debate entre John Searle y Jacques Derrida.

Todo parece indicar que la forma más atractiva de intercambio polémico, aquella con la cual todos quisiéramos vernos comprometidos y en la que las más de las veces nos imaginamos (ingenuamente quizá) tomando parte, es la discusión. En este caso los hablantes comparten un determinado marco conceptual y teórico, la verdad de las tesis es lo que está en juego y lo que se aspira a establecer, los métodos para alcanzarla son básicamente los mismos y se dispone de criterios para determinar quién tiene razón. Esta clase de debate se da sobre todo, si no es que exclusivamente, entre científicos o pensadores que forman parte de una misma tradición.

Las controversias constituyen una clase de intercambio polémico que se ubica justamente entre las otras dos clases mencionadas. En una auténtica controversia se partiría de un cierto desacuerdo que muy rápidamente mostraría que no es más que la punta de un iceberg, pues rápidamente se descubriría que el distanciamiento entre quienes toman parte en ella es todavía mayor. Empero, a lo largo del intercambio se pueden ir acumulando razones en favor de uno u otro de quienes polemizan de manera que uno de los adversarios puede quedar persuadido de que hay otras formas, diferentes de la suya, de ver los asuntos y de que quizá la suya no es la óptima. En todo caso, toda controversia asegura por lo menos un resultado positivo, a saber, la aclaración para ambas partes de la problemática misma, su naturaleza, su conexión con otros tópicos, etc. Rápidamente enumeraré lo que, de acuerdo con Dascal, son los rasgos más importantes de las controversias. Éstas se caracterizan por:

- a) Cambios temáticos: las controversias abarcan toda una gama de temas.
- b) Cuestionamiento generalizado: en una controversia se cuestiona no sólo una tesis, sino también principios, métodos, valores, etc.
- c) Inquietudes hermenéuticas: no es únicamente la verdad o los hechos lo que están en juego, sino también interpretaciones de ideas, aseveraciones y demás.
- d) Clausura indeterminada: no se puede decidir *a priori* dónde o cuando termina una controversia.
- e) Estructura flexible: las controversias no son intercambios polémicos caóticos.

Llegamos ahora a lo que podríamos denominar la ‘tercera fase’ del programa de Dascal, esto es, el de la aplicación de la teoría a casos concretos. Hasta donde yo sé, son tres los casos que Dascal ofrece de reconstrucción de controversias por medio del instrumental de la pragmática: los debates entre Arnauld y Malebranche”, Ricardo y Malthus y Searle-Derrida. Dichas reconstrucciones son, en sí mismas, apasionantes estudios de la historia de la filosofía y de la ciencia (sobre todo las dos primeras) y parecen además cumplir con la función de paradigmas: se supone que es así como se debería intentar efectuar reconstrucciones de los debates que a cada quien interesen. No obstante, es dudoso que podamos extraer de los ejercicios dascalianos de reconstrucción una metodología respecto a cómo proceder en casos nuevos. Esta deficiencia quizá pueda dar lugar a una objeción de principio a la propuesta general de Dascal.

Me parece que, con este mapa general del enfoque global de Dascal referente a lo que son las controversias y su importancia para la filosofía y la historia de la ciencia, disponemos ya de elementos suficientes para pasar a examinarlo críticamente.

III) *Algunas Observaciones Críticas*

Es evidente, supongo, que las observaciones críticas que pudieran elevarse en contra del programa de Dascal tienen que pertenecer a cualquiera de las fases delineadas. Debo advertir desde ahora que lo que tengo que decir no recaerá sobre la fase tres de su labor. Su erudición y su perspicacia en relación con la controversia en torno a las ideas de Malthus no me permiten maniobrar. Además, eso sería discutir con él, en tanto que en el fondo lo que a mí me interesa es más bien entablar con él una controversia. Me propongo, primero, cuestionar lo que me parece una concepción inaceptable del conocimiento que subyace al todo de la teoría; en segundo lugar, intentaré cuestionar la validez de las distinciones fundamentales que Dascal traiza y, por último, trataré de hacer ver que la pragmática no tiene la importancia para la

filosofía de la ciencia que Dascal le atribuye. Son éstas, y así lo entiendo, objeciones quizá menores, pero de todos modos podrían tal vez mostrar que la impresionante teoría desarrollada por Dascal tiene algunas debilidades conceptuales y presenta ciertos huecos teóricos que la vuelven más endeble de lo que a primera vista podría pensarse.

A) *El concepto de conocimiento*

Como era de esperarse, en sus diversas reconstrucciones de los intercambios dialógicos de los que se ocupa, Dascal recurre a todo un arsenal de nociones de pragmática que inevitablemente centran la discusión en las “intenciones comunicativas” de los participantes. De ahí que lo que él estudia, propiamente hablando, sean sus **emisiones**, esto es, las aseveraciones contextualizadas que realizan y cuyos contexto y co-texto él se esfuerza por restituírnos. Ya no se trata, por lo tanto, de meramente aprehender en abstracto sentidos de oraciones. Más bien, lo que Dascal nos da es lo que bien podrían ser las cadenas de pensamientos, corporeizados en las formas de expresarse, de los dialogantes. Dichas cadenas culminan en tesis que, por lo pronto, constituyen el conocimiento por parte de ellos del tema de que se trate. Podemos hablar, por consiguiente, del rastreo, la reconstrucción y el esclarecimiento del conocimiento de cada uno de los participantes de la controversia. En este sentido, los diversos cuadros que Dascal ofrece son, aparte de paradigmas de análisis pragmático, convincentes y en verdad no creo que hubiera mucho que cuestionar al respecto. O sea, los ingredientes del debate que él va encontrando efectivamente parecen incidir al modo como él lo sugiere. Pero dejando de lado lo impecable de su análisis, de todos modos cabe preguntar: ¿para qué son relevantes todos esos detalles concernientes a las estrategias y movimientos argumentativos que Dascal tan brillantemente describe? En mi opinión, una vez más, sólo son relevantes para comprender el conocimiento que del tema de que se ocupen tienen quienes toman parte en la controversia. Ahora bien, es indudable que aquí se está haciendo un uso legítimo de **un** sentido de ‘conocimiento’. Hay, en efecto, algo que podemos llamar ‘conocimiento personal’ de un tema y que tiene que ver con lo que Dascal describe. El sentido de las emisiones por parte de los hablantes se explica o aclara cuando conocemos el contexto (en un sentido amplio de la expresión) del discurso. La prueba es que lo dicho por los hablantes adquiere rango de conocimiento en función de sus capacidades para justificar sus respectivas posiciones. Sin embargo, hay **otro** sentido de ‘conocimiento’ que ciertamente ya no es personal y para el cual la clase de análisis que Dascal efectúa se vuelve no redundante, sino simplemente irrelevante. Trataré de aclarar rápidamente lo que tengo en mente.

En contraste con el conocimiento personal, creo que podemos hablar con igual derecho de conocimiento en **otro** sentido, como cuando hablamos del “conocimiento humano”. A lo que expresiones como esta apuntan no es ya a

procesos, sino a estructuras y, por lo tanto, no a emisiones sino a proposiciones. El conocimiento humano es ciertamente el resultado colectivo de todos esos procesos de pensamientos y sistemas personales de conocimiento, pero no se reduce a ellos ni se explica por ellos. Dicho resultado es una estructura proposicional objetiva y si no empírica por lo menos lógicamente independiente de los diversos sistemas particulares de conocimiento. Cuál haya sido el proceso mediante o a través del cual Einstein llegó a su famosa fórmula $E = mc^2$ es sin duda interesante pero, estrictamente hablando, su descripción no altera el contenido significativo de la proposición. Estoy de acuerdo en que el sentido de dicha proposición no es algo que podamos determinar exclusivamente al hacer explícitos los significados de ‘ E ’, ‘ m ’, etc., sino que presupone el todo de la teoría a la cual pertenece o en la cual se inserta. En este sentido, el semanticismo ingenuo, de corte atomista, es claramente inadecuado. Pero la forma de superarlo no es hundiéndonos en el examen de los procesos dialógicos que Dascal resalta, porque a final de cuentas éstos no son más que los medios para lo que realmente se quiere, a saber, la construcción de proposiciones. Para aprehender cabalmente el significado de ‘ $E = mc^2$ ’ lo que tenemos que conocer es la teoría de la relatividad (*i.e.*, una estructura proposicional), no el juego dialógico que desembocó en ella, aunque probablemente si a lo que aspiramos es a saber un poco más de Einstein mismo y de lo que “tenía en mente”, entonces sí la reconstrucción dascaliana se vuelve indispensable. Pero es claro que se trata de dos proyectos diferentes. Quiero dejar en claro, de paso, que mi posición no me compromete con una teoría de tipo fregeano de las proposiciones. Pienso que una concepción del lenguaje en términos de juegos de lenguaje nos permitiría distinguir al modo como lo requerimos entre proposiciones y emisiones, enunciados, aseveraciones, etc. ‘Proposición’ es simplemente un término útil que permite trazar un contraste que se requiere.

Quizá un símil podría aquí ser útil. Consideremos un partido de fútbol. Para ciertos efectos concretos, en última instancia lo que nos importa del partido son los goles. Éstos corresponden a las proposiciones. Desde luego que para que pueda haber goles tuvo que haber jugadas, pases, centros, etc. La reconstrucción de todo lo anterior al gol es lo que, *mutatis mutandis*, Dascal reconstruye. No cuestiono ni el interés ni la utilidad de dicha labor: lo que creo es que no sirve para lo que él afirma que sirve. Es cierto que a determinado gol se llegó mediante una serie de combinaciones, pero es evidente que se podría haber marcado un gol de otra manera. Si esta distinción se sostiene, creo que podemos poner en tela de juicio el carácter científico (en un sentido duro), en contraste con uno histórico-literario, de la clase de ejercicios que Dascal realiza. Sobre esto diré tan sólo unas cuantas palabras.

B) *Reconstrucciones pragmáticas*

Es imposible no sentir dudas desde el principio respecto a la clase de estudio propugnada por Dascal y ello no porque no ilumine la temática. Algo siempre se

aprende del señalamiento del empleo de cláusulas como ‘sino’, ‘si, pero...’, etc. No creo que radiquen allí las dificultades. Por mi parte, creo percibir dos problemas mayores:

- a) vaguedad intrínseca de conceptos fundamentales
- b) falta de una metodología clara

a) Lo primero es algo que Dascal mismo explícitamente reconoce. De acuerdo con él, un diálogo puede empezar como una discusión, convertirse en una controversia y culminar en una disputa. ¿Qué indica semejante hecho? Que las nociones en cuestión no tienen bordes nítidos y que, por consiguiente, las podemos aplicar indiscriminadamente. Esto se puede ver cuando pasamos a casos concretos de intercambios dialógicos. Por ejemplo, el debate (que por culpa de uno de los participantes quedó desafortunadamente en estado embrionario) que tuvo lugar entre Wittgenstein y Popper en Cambridge ¿era una discusión o apuntaba a una controversia o, inclusive, a una disputa? Es imposible saberlo. La primera impresión es que se trata de un intercambio entre dos filósofos de una misma tradición, movidos por los mismos intereses, usando un mismo vocabulario, etc. Y, sin embargo, el interrogatorio que Wittgenstein lleva a cabo con Popper muestra que están a años luz uno del otro (y, dicho sea de paso, que, comparado con Wittgenstein, Popper resulta ser extraordinariamente superficial). Eso sugiere más bien que de lo que se trata es de una disputa. El resultado neto, sin embargo, es que no sabemos cómo clasificar dicha lucha intelectual. Ejemplos los hay de sobra. Podríamos considerar, verbigracia, el debate entre Rush Rhees y A. J. Ayer en torno la inteligibilidad de la noción de un lenguaje privado. De nuevo, la primera impresión es que se trata de una discusión. No obstante, las diferencias que poco a poco van apareciendo muestran que en el fondo se trata de una controversia. La prueba es que los participantes no llegan a ningún acuerdo. Los argumentos de Rhees no hacen mella en Ayer, y a la inversa. El debate entre Russell y Copleston sobre la existencia de Dios es, en cambio, un buen ejemplo de algo que a todas luces es una discusión, por más que un golfo infranqueable separe a Russell de Copleston: no comparten tesis respecto a lo que es la verdad necesaria, la naturaleza del bien, la validez de los diversos argumentos en favor de la existencia de Dios, etc. Sin embargo, el lector entiende perfectamente bien que uno de los dos tiene razón o, por lo menos, que uno de los dos ciertamente está equivocado. ¿Qué es entonces ese “intercambio polémico y dialógico”? La respuesta es que puede ser lo que queramos. Si en efecto así es, ello es de consecuencias que no podemos pasar por alto.

Esta ambigüedad inicial está conectada con otro punto que no me parece desdeñable. La teoría de las controversias se inició como una contribución a la filosofía de la ciencia. Era la explicación del avance del conocimiento científico lo que estaba en juego. Súbitamente, sin embargo, se efectuó un cambio de modo que

dicha teoría es puesta al servicio de los debates filosóficos en general. En algún texto Dascal sugiere que la teoría vale, con los cambios apropiados, para la teología. Podríamos añadir la política, el arte, el derecho, la historia. De hecho, es en estas áreas no examinadas por Dascal en donde creo que su teoría sería de mucha mayor utilidad. Es en disciplinas como la historia o el derecho en donde el contexto (y por ende el co-texto) de las acciones (discursivas u otras) es decisivo y es allí en donde la pragmática y su parafernalia de categorías adquieren realmente sentido. La razón, empero, es clara: allí no son proposiciones lo que nos interesa, sino movimientos en los juegos de lenguaje.

b) Una sensación general de disgusto que, paradójicamente, provocan los espléndidos escritos de Dascal es que es difícil desprenderse de la idea de que las reconstrucciones co y contextuales que con tanta minuciosidad elabora son algo que a final de cuentas sólo él puede realizar. Lo que quiero decir es que es altamente probable que cualquier otro partidario de la pragmática, utilizando el mismo instrumental, ofrecería reconstrucciones diferentes. Ahora bien, el que esta clase de estudios no esté reglamentada, que no haya patrones establecidos ni criterios para decidir qué reconstrucción es mejor, no es algo por lo que se deba culpar a Dascal, sino simplemente el hecho de que el discurso, en toda su complejidad, no puede quedar encajonado de una sola manera. El punto importante es: la reconstrucción de Dascal, por muy sugerente que sea, es a final de cuentas una **interpretación**. Quiero decir desde ahora que, en general, las que él efectúa a mí me convencen, aunque debo decir también que sus ejemplos no me parecen siempre del todo afortunados. En particular, confieso que la polémica “Searle-Derrida” me parece mucho menos profunda, interesante e ilustrativa que la controversia “Malthus-Ricardo” o “Malebranche-Arnould”. Pero, independientemente de ello, sigue siendo cierto que no hay ni puede haber una ciencia de las controversias. Los ejercicios a los que Dascal se entrega ciertamente completan el limitado (pero suficiente) cuadro global que podamos tener de un intercambio dialógico dado, pero su importancia teórica no queda automáticamente establecida.

C) *Controversias y progreso intelectual*

Una inquietud que suscita el estudio dascaliano de las controversias es que ni los participantes en ella ni quienes las describen pueden determinar de antemano si la polémica en cuestión es una controversia o más bien otra cosa. Hay que esperar a que el diálogo termine para que podamos entonces intentar aclarar qué clase de diálogo era y quién resultó vencedor (si lo hubo) o, alternativamente, quién logró más inclinar de su lado la “balanza de la razón”. Pero esto hace ver que el estudio de las controversias es necesariamente *ex-post-facto*; en verdad, parecería que nadie está siquiera consciente de estar tomando parte en una controversia. Pero si ello es así ¿cómo podrían éstas constituirse en el motor de la ciencia? Un motor es, analíticamente, algo que mueve, pero ¿cómo puede mover algo que ni siquiera

sabemos si está allí o no? ¿Qué clase de motor es ese? Por otra parte, me parece que el punto de partida mismo de Dascal es cuestionable. Aquí recurriré a un movimiento argumentativo, semejante a otro que él detecta en las controversias de las que se ocupa pero que, en mi opinión, no es igual, a saber, “Acéptese la derrota de algún punto menor para salvar uno de más importancia”. En realidad, no creo estar haciendo eso, por la sencilla razón de que estoy conscientemente de acuerdo con él en algo. En lo que no concuerdo es en las consecuencias que él extrae de la tesis que comparto con él. Me refiero a la tesis del “fracaso” de la filosofía de la ciencia contemporánea y, en especial, la de los positivistas lógicos. Para decirlo crudamente: no creo en tal fracaso. Es ciertamente innegable que el programa de encontrar una marca típica, definitoria de lo científico, tal que con meramente detectarla nos permitiría saber si una determinada afirmación es científica o metafísica o religiosa o de cualquier otra clase, es fallido. Pero eso no implica que el marco general de la filosofía de la ciencia, en el cual continuamos moviéndonos, sea totalmente rechazable. Es cierto que no todos los casos de explicación genuina permiten la aplicación del famoso modelo nomológico-deductivo (la historia es un buen ejemplo de ello, *pace* Hempel), pero es evidente que hay situaciones en las que ese modelo es precisamente el apropiado; es verdad que la inducción no es EL método de la ciencia, pero sería absurdo negar su utilidad en múltiples casos (aunque sea para la enunciación de hipótesis de bajo nivel); es ya bien sabido que no hay una conexión obvia y directa entre términos teóricos y nociones de “experiencia inmediata”, pero es claro que la experiencia juega en ciencia un papel que no desempeña en teología, en filosofía o en los cuentos de hadas. Si no me equivoco, fueron filósofos como Popper quienes, al exagerar hasta la caricaturización las debilidades de las propuestas, los enfoques y tratamientos de problemas por parte de los positivistas lógicos, indujeron a pensar que todo estaba mal y es un diagnóstico desbalanceado como ese que Dascal toma como plataforma para su propuesta. Por consiguiente, si hay algo de acertado en lo que yo afirmo, entonces la filosofía de la ciencia se revela más bien como un pretexto para poder introducir por esa área a la pragmática, entendida como una técnica necesaria en la filosofía considerada *in toto*.

No estaría de más, para terminar, preguntarse acerca de las implicaciones y el valor de los ejercicios que Dascal tan exitosamente efectúa. En realidad, a mí me parece que su proyecto es, en principio, o excesivamente ambicioso o está mal entendido. Echemos un vistazo a su cuadro de técnicas y estrategias para la controversia. Ejemplos de “estratagemas” son: “Acusa a tu oponente de lo que é te acusa”, “Insiste en que no se te comprendió o que se te mal interpretó”, “Acepta la derrota para luego mostrar que es de un punto menor o irrelevante”. Preguntémos: ¿de dónde surgen las reglas que Dascal enuncia? Ciertamente no las inventó él, así como tampoco parecen ser descubrimientos de investigaciones cerebrales o de psicología profunda. En realidad, lo que Dascal hizo fue extraerlas del discurso común de quienes están hundidos en un intercambio polémico, reformularlas y sistematizarlas. O sea, las reglas que él detecta y presenta son simplemente

estrategias a las que de manera natural cualquier hablante de inteligencia media de manera natural recurrirá, son las armas argumentativas normales que, junto con el lenguaje, el hablante incorpora cuando aprende a hablar. Hay, pues, algo de equívoco en su planteamiento, porque lo que Dascal presenta como si se tratara de un código para guerra lingüística o de una serie de consejos para engatusar al oponente, en realidad son los mecanismos normales de debate, mecanismos de inteligencia media, de sentido común, creados por los hablantes y afinados paulatinamente a lo largo de los siglos. Me parece que aquí se podría inclusive trazar un interesante acercamiento con algunas ideas de G. E. Moore concernientes a los criterios de sentido común para aceptar o rechazar creencias, pero no ahondaré en el tema. En todo caso, muy probablemente se podrían enumerar muchas otras recomendaciones como esas y las podríamos obtener prácticamente de cualquier debate, no sólo de las controversias. Quizá aquí la naturaleza misma de la pragmática, junto con las complicaciones propias del lenguaje, tienden a generar un espejismo del cual posteriormente no es nada fácil liberarse.

IV) *Conclusiones*

Con base en lo que hemos sostenido podemos inferir que, más que una ciencia en el sentido estricto del término, lo que Dascal articula es lo que podríamos denominar una ‘técnica reconstructiva’ de los procesos que desembocan en la construcción de grandes estructuras proposicionales. Pero entonces lo que es importante entender es que esta técnica no requiere tanto de la observación como de la imaginación; no se trata tanto de una cuestión de contrastación como de interpretación; en ella no se debería hablar tanto de demostración como de persuasión; más que una disciplina de contenido es una disciplina decorativa, complementaria. La técnica en cuestión permite la elaboración de cuadros, algunos de los cuales nos parecerán más interesantes o atractivos que otros. Casi dan ganas de decir que en ella no es la verdad lo que está en juego. Por otra parte, es evidente que la aplicación de la técnica es algo que sólo los eruditos en algún tema pueden realizar. Sólo quien conoce muy a fondo las obras y las vidas de, digamos, Leibniz y Newton, Platón y Aristóteles, Hegel y Schelling, Freud y Jung, Mill y Bentham, Russell y Wittgenstein y así sucesivamente pueden intentar reconstruir las polémicas que supuestamente emprendieron. Pero esto a su vez hace titubear respecto a si la teoría general de las controversias, que de todos modos es una aportación de Marcelo Dascal a la cultura filosófica universal, cumple efectivamente con la función que su autor le asignó y si no más que motor de la ciencia representa más bien una faceta, hasta ahora descuidada, de su racionalidad.